

biografía, sucesos. Y lo peor es que nunca ansí tanto ser afortunado en un libro.”

Quizá Flores se sostiene por esto en una necesaria línea doble: piensa en tigres y tréboles, extirpaciones y suicidios, desde lineamientos temáticos y formales, en torno a una escritura permanentemente puesta en abismo. Era una línea de lectura que faltaba a Macedonio, en ese “ensayo de un nuevo género literario: el cuento sin literatura, incongruente casi y sin elegancias y que por lo mismo deja irremediablemente grabado el solo hecho esencial”. Tal vez sea también lo que hacen Henry González Martínez y Carlos González, en trabajos muy recientes.

En la mirada final sobre *Los tigres del miedo*, Macedonio está escribiendo, y Flores está leyendo, buscando un momento apacible en una lectura / escritura por demás inestable (quizá por eso lo conveniente de la brevedad de esta colección de bolsillo). Sirva el comentario para la invitación a la lectura de un autor de culto –repetimos– orgulloso de serlo. Recordemos que se preció de decir: “No se olvide que soy el único literato existente de quien se puede ser el primer lector”.

Yanna Hadatty Mora
Universidad Nacional Autónoma de México

Luis Cárcamo Huechante y José Antonio Mazzotti. “Poesía y globalización”, sección monográfica de la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, año XXIX, N° 58. Lima-Hanover NH, 2do. Semestre del 2003; pp. 7-362.

Cuando de números monográficos se trata, la reunión en torno a un tema puede resultar tan dispar, fructífera y/o monótona que a veces la tarea en común de hablar de un mismo tema podría terminar siendo contraproducente. No es lo que ocurre, sin embargo, con el número

cincuenta y ocho de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, dedicada íntegramente a la profusa relación de “Poesía y globalización”.

Desde un principio, los editores –José Antonio Mazzotti y Luis Ernesto Cárcamo Huechante– ponen en claro cuáles son sus intenciones al reunir estos ensayos, a saber: del fenómeno hegemónico de la globalización y su acelerado intercambio de signos simbólicos, que vino de la mano de un neoliberalismo que, en el caso de Latinoamérica, ha tenido consecuencias fatales, ambos autores remarcan su paradójica relación con la poesía. Y uso el adjetivo de paradójica porque, en la misma medida que la globalización tiende a borrar las fronteras nacionales (o por lo menos a ponerlas en segundo plano), este mismo proceso ha significado, en el caso del discurso poético, una acentuación de lo local y sus dinámicas propias (los ensayos de Soledad Bianchi y especialmente el de Raquel Olea son elocuentes al respecto). Se podría decir incluso: la propia naturaleza de la poesía (que no sabemos exactamente cuál es, pero que al menos para Cárcamo y Mazzotti ofrece la posibilidad de la inmediatez, de la experiencia no mediatizada del texto en tanto cuerpo) opone una resistencia natural al dictado homogéneo y global.

Sin embargo, ni Cárcamo ni Mazzotti plantean que la poesía sea ajena a la globalización que hoy por hoy acapara todos los flujos mediáticos y culturales. En este sentido, ambos autores son enfáticos en señalar cómo los flujos migratorios del sur hacia el norte, la masividad del consumo en términos simbólicos y reales, establecen el campo de acción en torno o sobre o con el cual la poesía contemporánea debe lidiar. Aun más: muchos de los ensayos de este volumen sólo se entienden si son puestos en la perspectiva de una oposición entre la afirmación o la sobrevivencia de lo local como una forma de disputar los espacios públicos, y de otro lado la globalización como un proceso que enfatiza la hegemonía de los capi-

tales extranjeros por encima de los estados-nación (Negri, Hardt) a la vez que es asumida por una anónima sociedad civil que ve en ella la posibilidad de insertarse en un mercado (de ¿espectadores?, ¿consumidores?) mucho más amplio. Esta lucha por el sentido se ve particularmente ilustrada en el ensayo de Miguel Ángel Zapata sobre la poesía de José Kozer en el período de 1983-1993. Por paradójico que parezca, en un principio este ensayo parece tener poco o nada que ver con el tema de la monografía. Zapata se detiene con morosidad en los recovecos que cubre la poesía de Kozer y en cómo esta deviene en una especie de refugio para el hablante, refugio en el cual éste puede guarecerse del cruce heterogéneo de identidades que amenaza (pero también enriquece) la suya misma. Vale la pena revisar someramente el caso del poeta cubano: nacido en La Habana, pero residente desde principios de los sesenta en Nueva York, e hijo también de un emigrante ruso que terminara por desembarcar luego de un largo periplo en tierras cubanas, Kozer —de acuerdo a lo que señala Zapata— busca en la descripción minuciosa del espacio hogareño la solución de los múltiples enclaves culturales en que se desenvuelve su obra y (también) su biografía, aunque sin renegar necesariamente de ellos. El tráfico que aquí se pretende poner bajo control cuenta con otros circuitos de circulación: así para Luis Antezana la poesía (o lo poético, de lo que tampoco se intenta en este ensayo una definición cabal), encuentra su recorrido por el mundo globalizado a través de su incorporación al formato de los medios de comunicación (y entretención) masiva. Pareciera que, en esta redefinición del (los) espacio(s) que le corresponde hoy en día ocupar a la poesía, un tema que preocupa a la mayoría de los ensayistas aquí reunidos es la disparidad de los polos de la comparación. El papel principalísimo de la globalización pareciera amedrentador ante el supuestamente alicaído rol

social que puede jugar la literatura —y, en especial— la Cenicentia en que se ha convertido la poesía. Sin embargo, poner en cuestión estas dos ideas que muchos asumen como hechos consumados, como datos previos de la discusión, resulta en varios de estos artículos materia feraz para la escritura. Es así como Fernando Rosenberg, en uno de los ensayos más lúcidos y lucidos de este número, “La sinrazón poética en tiempos de globalización”, disecciona con una claridad que es de agradecer el dilema que muchos estudiosos enfrentan (y ante el cual muchos fracasan), aquel de verse en la obligación, que por lo demás nadie les ha encomendado, de defender a la poesía como si fuera el último bastión de resistencia frente a la modernidad, el último reducto de una experiencia auténtica (con resabios románticos y romanticones de por medio), lo que no la libra, ante la contundencia de los hechos, de tener que conformarse con una incómoda dignidad que más parece el sinónimo de una derrota. La nostalgia como bandera de lucha, parece decirnos Rosenberg (y en lo cual también concuerda el texto de Kirkpatrick), no es más que el tono elegíaco de aquellos que no pueden ver sino con resignación “la fuerza desterritorializadora y corrosivamente antifundacional de la globalización” (p. 43). La opción entonces no es la celebración ni la asunción de los parámetros que hoy por hoy se imponen, sino el ser capaces de responder cuál es el papel que el discurso poético juega en este nuevo contexto, si es que juega alguno.

En este marco, parece improbable la recuperación de un supuesto papel como guardián de la conciencia crítica, que Jameson propone para la lírica. Y esto porque en la medida en que se le sigan proponiendo papeles redentoristas (el tan manido estigma del poeta como guardián del mito, en la frase ya famosa de Jorge Teillier, o el auto-proclamado representante colectivo del Neruda previo al vigésimo Congreso), lo único que se logrará es